

Semana del 18 al 24 de Febrero de 2018. DOMINGO I DEL TIEMPO DE CUARESMA

“Tentado para parecerse a nosotros; vencedor para que nos parezcamos a Él”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Gen 9,8-15: “El pacto de Dios con Noé salvado del diluvio”

Salmo: 24,4bc-5ab.6-7bc.8-9: “Tus sendas, Señor, son misericordia y lealtad, para los que guardan tu alianza”

2ª Lectura: 1Pe 3,18-22: “Actualmente os salva el bautismo”

Evangelio: Mc 1,12-15: “Se dejaba tentar por Satanás, y los ángeles le servían”

Del Santo Evangelio según San Marcos (Mc 1,12-15)

+++ Gloria a Ti, Señor.

En seguida el Espíritu lo empujó al desierto. Estuvo cuarenta días en el desierto y fue tentado por Satanás. Vivía entre los animales salvajes y los ángeles le servían. Después de que tomaron preso a Juan, Jesús fue a Galilea y empezó a proclamar la Buena Nueva de Dios. Decía: *“El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca. Arrepiéntanse y crean en el Evangelio.”*

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Ya sabemos que el retiro de Jesús en el desierto ocurrió inmediatamente después de su Bautismo, y es a ese suceso al que se refiere el evangelista al iniciar este pasaje diciendo *“en seguida”*...

Entonces tenemos que, ni bien Jesús fue bautizado por Juan, *“el Espíritu **lo empujó al desierto**”*, según nos dice San Marcos... La verdad es que el verbo “empujar” nos chocó de entrada, porque nos sonaba bastante “agresivo”, así que de inmediato nos pusimos a investigar lo que dicen otras versiones de la Biblia, hasta tratar de encontrar las primeras traducciones del griego original...

El resultado fue bastante revelador, pues los textos más cercanos al manuscrito de Marcos nos dicen (peor todavía) que Jesús *“**fue arrebatado por el Espíritu al desierto**”*... De modo que no hay vuelta que darle: San Marcos quiso dejar bien claro en su relato que Jesús fue hasta allí, primero, **COMO HOMBRE**, y segundo, **EN ESTRICTA OBEDIENCIA A LA VOLUNTAD DE DIOS**. Es decir, fue a cumplir lo que el Espíritu Santo le pedía.

Que esa Voluntad coincidía, además, plenamente con la voluntad de Jesús-hombre, es algo que debemos dar por descontado, pero eso no hace más que remarcar las virtudes que, COMO HOMBRE, practicaba y vivía el Señor.

El Evangelio de esta semana es muy breve, y a diferencia de los de San Mateo y San Lucas (que coincidentemente ambos inician el relato de este pasaje de la vida del Señor en el capítulo 4, versículo 1), el de San Marcos no entra en detalles sobre las tentaciones que tuvo que pasar Jesús en el desierto, pero nosotros las conocemos: el demonio le ofreció placer, honores, riqueza y poder. (Siempre lo mismo ¿verdad?, aunque con matices también siempre bien adecuados a la persona y a la circunstancia, como para hacerle realmente caer).

El meditar en profundidad sobre este episodio de la vida de Jesús es de verdad muy importante para nuestro crecimiento espiritual, porque al hacerlo “a conciencia”, podemos sacar mucho provecho (en la medida en que lo hagamos con la debida actitud de autocrítica) a fin de poder progresar en este camino de santificación.

En primer lugar tenemos este asunto de la OBEDIENCIA, que tan bien destaca San Marcos: Fue el Espíritu de Dios el que llevó a Jesús a retirarse y alejarse de todo, a pasar hambre, calores intensos y fríos insoportables... ¡Heladas! más bien... Sabemos que en general los desiertos, y en particular los de esa zona, tienen altas temperaturas en el día, pero a veces ni imaginamos que en la noche llegan casi a congelar. En ciertos reportes de prensa, leímos que el desierto de Negev ha llegado a tener temperaturas promedio de hasta 50 grados centígrados, pero que por la noche, en invierno, las heladas son insoportables.

Si pensamos en los **CUARENTA DÍAS** del Señor sin alimentos y sin ver a nadie, una vez más tendremos que hacernos a la idea de que lo que vivió Jesús-Hombre, como preparación para iniciar su misión mesiánica, no fue nada fácil... No podía ser fácil porque su misión no era, en absoluto, fácil, y Él, como Dios, seguramente lo sabía; pero debía afrontarla con su carne y con su sangre humana, y por eso debía fortalecerse humanamente para poder soportarla y llevarla adelante.

Como Hombre, Jesús fue obediente al Espíritu, y así pudo vencer a la carne, al mundo y al mismo diablo, llegado el momento. Esa es la primera gran lección que nos brinda este Evangelio: que estando en comunión con Dios, y en estricto sometimiento a Su Voluntad, no hay poder humano ni sobrenatural que se resista. Si Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros? Pueees... probablemente todo el mundo, ¿verdad? pero sin el suficiente poder para vencernos...

Las semanas anteriores, la Liturgia nos traía los relatos de los primeros milagros de Jesús: Los demonios se le sometían, las enfermedades le obedecían y desaparecían, la gente lo buscaba y se aglomeraba a su alrededor...

Ese poder le fue otorgado por el mismo Padre, debido a su obediencia, a su humildad y a su fidelidad, que como sabemos, comenzó **NO** en el desierto, sino en el inicio de la Eternidad (que por supuesto, no tuvo inicio)... Pero a través de este Evangelio vemos que, en aquel momento que Jesús quiso vivir, y quiso que quedase grabado para siempre en el testimonio de los tres evangelistas, Él nos muestra que, **humanamente**, ES POSIBLE VENCER AL MAL, cuando se está de la mano de Dios...

De este modo la Liturgia nos prepara, al inicio de la Cuaresma, para meditar una vez más sobre el Misterio de nuestra Salvación, de nuestra Liberación definitiva del pecado, del mal y de la muerte, que reviviremos —quiera Dios que con mayor consciencia que nunca antes—, en la Semana Santa, que ya se viene acercando, y que esperamos también, no nos llegue a alcanzar sin la debida preparación espiritual. Para eso tenemos casi 40 días.

Si a Jesús le pareció conveniente recluírse esos cuarenta días en el desierto, ¡cuánto más tendríamos que hacer nosotros hoy, en medio de una sociedad bombardeada de mensajes inconvenientes para nuestro espíritu, a fin de prepararnos y así poder vivir una santa Semana Santa!

¡Cuánto tiempo debiéramos tratar de permanecer en ese “desierto” de soledad, de silencio, de comunicación íntima con Dios, para tratar de encontrar y de hacer Su Voluntad!

En realidad, como nos dice la Constitución Dogmática de la Iglesia, Lumen Gentium, *“la voluntad del Padre Eterno es elevar a los hombres a la participación de la vida divina”* (LG 2), y es hacia el cumplimiento de ese “decreto”, de esa Voluntad, que debiéramos tratar de orientar todos nuestros actos, sentimientos y pensamientos.

Es cierto que esta idea ya la tenemos casi todos, ¿verdad? Es decir, todos sabemos que debemos hacer la Voluntad de Dios para ser plenamente felices. Pero... ¿por qué nos cuesta tanto, entonces, hacerlo...? La explicación es una: Dios no puede compartir su trono de gloria contigo mismo. Reina Dios o reina el “yo”. Afortunadamente, no hay lugar para ambos. Esforcémonos, queridos hermanos, para crucificar y sepultar definitivamente al “yo” de cada uno en esta Cuaresma.

En la Solemne Eucaristía con la cual iniciaba su Pontificado, Su Santidad Benedicto XVI, hablando de la figura del “Buen Pastor”, utilizaba también la imagen del desierto, reforzando esta idea acerca de la Voluntad del Padre que acabamos de leer, y de lo que tenemos que hacer, como miembros de Su Iglesia (y nosotros particularmente como integrantes del ANE). Releamos lo que nos decía el Santo Padre Emérito, en su primera homilía como Papa:

“La parábola de la oveja perdida, que el pastor busca en el desierto, fue para los Padres de la Iglesia una imagen del misterio de Cristo y de la Iglesia. La humanidad —todos nosotros— es la oveja descarriada en el desierto, que ya no puede encontrar la senda.

El Hijo de Dios no permite que ocurra esto; no puede abandonar a la humanidad en una situación tan miserable. Se alza en pie, abandona la gloria del cielo, para ir en busca de la oveja e ir tras ella, incluso hasta la cruz. La pone sobre sus hombros, carga con nuestra humanidad, nos lleva a nosotros mismos, pues Él es el buen pastor, que ofrece su vida por las ovejas. (...)

El desvelo santo de Cristo ha de animar al pastor: no es indiferente para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre.

Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores. Por eso, los tesoros de la tierra ya no están al servicio del cultivo del jardín de Dios, en el que todos puedan vivir, sino sometidos al poder de la explotación y la destrucción.

La Iglesia en su conjunto, al igual que sus Pastores, han de ponerse en camino, como Cristo, para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud...” (Benedicto XVI, San Pedro, 24 de abril de 2005).

Esa era la misión que vino a cumplir Jesús, para la cual se preparó **humanamente** en el desierto: rescatar a los hombres y liberarlos de la esclavitud del pecado... Todos **tendemos**, por nuestra naturaleza caída, hacia esa esclavitud, pero por la Redención que nos trajo Cristo, hemos recibido no sólo la libertad, sino también la encomienda de hacernos, junto a Él, “liberadores”, pastores... Pero para asumir esa misión con responsabilidad debemos ir superando las tentaciones que día a día se nos presentan...

Debemos fortalecer nuestros lazos de unión con Dios y con nuestros hermanos, en la Iglesia en general y en particular en el Apostolado. Debemos obedecer la Voluntad de Dios, que se descubre y se manifiesta en la oración, pero también por medio

de las reglas, las normas y las disposiciones de nuestra vida apostólica, y por medio de lo que nos piden e instruyen nuestras autoridades...

A tal punto se fortaleció Jesús en el desierto, que como nos cuenta San Marcos, salió de allí a predicar con las mismas palabras de San Juan el Bautista, que acababa de ser apresado: **“El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca. Cambien sus caminos y crean en la Buena Nueva.”**

Jesús sabía que esto le traería problemas, eso estaba más que claro... Bastaba con ver la suerte que estaba corriendo su primo Juan por predicar así, pero no tenía miedo alguno, pues el Espíritu estaba con Él.

El tiempo se va cumpliendo cada día. Cada día que pasa es un “tiempo que se ha cumplido”, en el que Dios nos ha llamado a compartir Su Amor y Su Paz... Su Misericordia con nuestros hermanos... Tratemos de vivir este tiempo de Cuaresma, que es un tiempo especial de Conversión, con un espíritu de Penitencia, de Oración y de Limosna.

Roguemos al Señor que en esta Cuaresma podamos todos y cada uno de nosotros crecer en el Amor, en la Fe, en la Esperanza, en la fortaleza y en el conocimiento de la Palabra de Dios, pues allí están resumidas todas las enseñanzas que necesitamos, no sólo para ser felices nosotros, sino también para hacer felices a los demás.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) ¿Me retiro, de vez en cuando, para orar al Padre como lo hizo Jesús en el desierto? ¿Actúo igual que Jesús ante las tentaciones, orando y buscando mi fortaleza en Dios?
- b) ¿Soy consciente de que la batalla de cada día, contra el mal, contra el pecado, debe empezar en la lucha conmigo mismo, para poder “desaparecer” y transparentar a Cristo, y así edificar el Reino?
- c) Cuando veo a algún hermano que está siendo tentado, ¿lo ayudo, o dejo que caiga sin tenderle una mano? ¿En qué consiste mi ayuda?
- d) ¿Estoy siempre atento para recurrir a la Sagrada Escritura (como hizo Jesús) ante las dudas o tentaciones del demonio?
- e) ¿Ayuno y practico abstinencias con frecuencia, o lo hago sólo cuando debo “cumplir con estos preceptos”?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los integrantes de la Casita, para que compartan sus reflexiones. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica: Cánones 541, 538, 2848, 2847

538 Los evangelios hablan de un tiempo de soledad de Jesús en el desierto inmediatamente después de su bautismo por Juan: “Impulsado por el Espíritu” al desierto, Jesús permanece allí sin comer durante cuarenta días; vive entre los animales y los ángeles le servían. Al final de este tiempo, Satanás le tienta tres veces tratando de poner a prueba su actitud filial hacia Dios. Jesús rechaza estos ataques que recapitulan las tentaciones de Adán en el Paraíso y las de Israel en el desierto, y el diablo se aleja de él “hasta el tiempo determinado” (Lc 4,13).

2848 “No entrar en la tentación” implica una decisión del corazón: “Porque donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón... Nadie puede servir a dos señores”. “Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu”. El Padre nos da la fuerza para este “dejarnos conducir” por el Espíritu Santo. “No han sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios, que no permitirá que sean tentados por encima de sus fuerzas. Antes bien, con la tentación les dará modo de poderla resistir con éxito” (1Cor 10,13)

2847 El Espíritu Santo nos hace discernir entre la prueba, necesaria para el crecimiento del hombre interior en orden a una “virtud probada”, y la tentación que conduce al pecado y a la muerte. También debemos distinguir entre “ser tentado” y “consentir” en la tentación. Por último, el discernimiento desenmascara la mentira de la tentación: aparentemente su objeto es “bueno, seductor a la vista, deseable”, mientras que, en realidad, su fruto es la muerte.

Dios no quiere imponer el bien, quiere seres libres... En algo la tentación es buena. Todos, menos Dios, ignoran lo que nuestra alma ha recibido de Dios, incluso nosotros... Pero la tentación lo manifiesta, para enseñarnos a conocernos, y así, descubrirnos nuestra miseria, y obligarnos a dar gracias por los bienes que la tentación nos ha manifestado (Orígenes, or. 29).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CA 14: Es necesario que conozcan mejor la finalidad del sembrador de discordias, para poder hacerle frente y abatirlo; es necesario ver en el tentador el procedimiento que lo distingue entre todos los pecadores, para darle las lecciones que se merece. Y Yo te escucho de buen grado cuando pides refugio y fuerza para combatir al inmundo, al mentiroso denigrador de Mi poder.

7.- Virtud del mes: La Pobreza espiritual (Catecismo de la Iglesia Católica: 520—2544—2545—2546)

Esta Semana veremos el canon 2546, que dice lo siguiente:

2546 “Bienaventurados los pobres en el espíritu” (Mt 5,3). Las bienaventuranzas revelan un orden de felicidad y de gracia, de belleza y de paz. Jesús celebra la alegría de los pobres, a quienes pertenece ya el Reino (Lc 6,20):

El Verbo llama “pobreza en el Espíritu” a la humildad voluntaria de un espíritu humano y su renuncia; el apóstol nos da como ejemplo la pobreza de Dios cuando dice: “Se hizo pobre por nosotros” (2Cor 8, 9) (San Gregorio de Nisa, beat, 1).

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

ANA 48 La persona que cree que es pobre porque solo posee unos cuartitos, se equivoca. Lo único que importa es que no se apeguen a los bienes mundanos, sean éstos cosas o personas. Quien Me pone antes que nada, puede vivir en un palacio y es pobre. Si tiene mucho, da gracias, y si lo pierde, igualmente agradece a su Dios.

Lo verdadero de la pobreza es que las cosas mundanas no acaparen tu espíritu, que te dejen correr libremente hacia tu Señor. La esencia de la pobreza es saber ser feliz si tienes, pero también estar preparado para devolvérselo a tu Dios, a la hora que sea, puesto que los regalos son Suyos.

Es difícil renunciar a las cosas sin las cuales se imaginan no poder vivir. Mas cuando se ha hecho ese sacrificio, el alma siente gozo verdadero por su libertad. Ya saben: “No busquen consuelo en las cosas materiales, sino en Mí, sírvanme en alegría y paz”.

8.- Propósitos Semanales:

- **Con el Evangelio:** Estudiaré con interés los Evangelios, porque sé que de ellos me vendrá la fuerza ante las tentaciones. Meditaré en oración sobre los diferentes aspectos de mi “yo” que necesitan ser crucificados en esta Cuaresma, e iré trabajando en ello, apoyado en el ayuno, las mortificaciones y la oración, con la ayuda de la gracia del Señor.

- **Con la virtud del mes:** Consciente de que yo también necesitaré algún día la intercesión de mis hermanos, haré algún sacrificio para ofrecérselo al Señor por algún pariente o amigo fallecido, rogándole al Dios misericordioso que lo reciba con prontitud en Su Reino.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.*